

EL DIARIO DE PONTEVEDRA

DECANO DE LA PRENSA DE ESTA CAPITAL

Año XX	PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN. En Pontevedra, un mes una peseta.— Por los cuatro pesetas al trimestre adelantadas.— Un trimestre y extranjero, trimestre nueve pesetas.— Cada número de 35 números para los vendedores, 75 céntimos adelantados. La correspondencia al director del periódico.	REDACCIÓN Y ADM.: CALLE DE NUESTRA, 38 Miércoles 14 de Enero de 1903	ANUNCIOS En tercera ó cuarta plana 5 y 10 céntimos respectivamente, según sea sencillo ó doble. Comunicados y reclamos 25 céntimos línea sencilla. Españoles de defunción tamaño corriente 5 pesetas, en media plana 30 ídem.	Núm. 5.623

LÍNEAS AMENAS

LA PRIMERA NEVADA

En el ancho golfo, y bordeando las grandes montañas que rodean á Cannes, las blancas quintas parecen como dormidas bajo la luz del sol.

Las más inmediatas al agua abren sus verjas sobre el paseo que bañan las tranquilas olas.

El tiempo es bueno y en extremo agradable. Por encima de las paredes de los jardines se ven los limoneros cargados de frutos.

Una señora joven y elegante acaba de salir de su quinta, cuya puerta da al paseo de la Croisette. Deteniéndose un instante para contemplar á los transeúntes, se sonríe, y rendida de cansancio, se sienta en un banco delante del mar. Su pálido rostro parece el de una muerta. Tose y se lleva á sus labios sus dedos transparentes, como para detener los accesos de tos que la aterrorizan.

Vuelve luego á sonreírse y murmura:

— ¡Cuán dichosa soy!

Sabe, sin embargo, que va á morir, y que no verá la próxima primavera.

Y la infeliz aspira tanto como puede, con sus enfermos pulmones, el aliento embalsamado de los jardines.

La enferma recuerda su pasado. La casaron hace cuatro años con un caballero normando, á quien por su gusto hubiera negado su mano. Pero dió el sí con una inclinación de cabeza para no contrariar á sus padres, cuya fortuna había venido muy á menos.

Su marido la sacó de París para llevársela á su castillo normando, inmenso edificio de piedra rodeado de árboles seculares.

Cuando bajó del coche y vió el castillo, dijo sonriendo:

— ¡Este no tiene nada de alegre!

Su marido se echó á reír á su vez y contestó:

— ¡Ya te irás acostumbrando.

Aquí no me aburro yo nunca.

Al día siguiente empezó á ocuparse en arreglar su casa, lo cual duró cerca de un mes.

Como estaban en verano, iba al campo á presenciar las operaciones de la siega.

Pero vino el otoño y su marido se consagró á la caza, dejando sola á su mujer en el castillo. Salía al amanecer con sus perros y no volvía hasta la hora de cenar.

Llegó el invierno frío y lluvioso, y Enrique de Parville— así se llamaba el marido de aquella desdichada

— no interrumpió ni por un instante su género de vida.

La pobre mujer encendía todas las chimeneas sin lograr calentar inmensas habitaciones, invadidas por la humedad. Y sentía frío durante todo el día, en el salón, en el comedor, en su cuarto. Su marido regresaba á la hora de comer, porque cazaba sin cesar, ó se ocupaba en sus trabajos agrícolas.

Cuando llegaba se frotaba las manos y decía:

— ¡Vaya un tiempo! ¡Ha estado lloviendo todo el día! ¡Vamos, vamos á cenar junto al fuego!

Un día dijo la castellana á su marido:

— Me muero de frío, Enrique, y es preciso que hagas poner aquí un calorífico para que se sequen las paredes.

— ¡Un calorífero en el castillo! ¡Qué disparate!

— Te juro que no puedo resistir esta temperatura. Tú no la notas por que estás todo el día de movimiento.

— Pues el frío es muy bueno para la salud.

La infeliz que no pensaba en el frío, volvió al poco tiempo á decir á su marido que no había más remedio que comprar un calorífero; pero Enrique la escuchó como si le hubiera pedido la luna.

La adquisición de semejante aparato le parecía tan imposible como el descubrimiento filosófico.

En Enero cambió el frío con gran violencia y cayó la primera nevada.

Una tarde la infortunada esposa se echó á llorar.

Su marido entró en aquel momento y le preguntó:

— ¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?

— ¡Estoy triste... me aburro y me muero de frío!

— ¡Siempre lo mismo! ¿A qué, vas á hablarme otra vez del calorífero?

— No, no te diré ni una palabra.

— Ten en cuenta que no has tenido ni un solo catarro desde que estamos aquí.

Llegó la noche. La mujer se fué á su cuarto, porque había exigido una habitación separada, y se acostó.

Y se puso á pensar en su marido, recordando sus palabras: «No has tenido ni un solo catarro desde que estás aquí.»

Era, pues, preciso que estuviese enferma y que tosiera para que aquel hombre se compadeciese de ella. Pues bien; tosería y tendría que venir el médico á asistirle.

Se levantó en camisa y dijo para sí:

— ¡Quiero tener un calorífero y lo tendré!

Casi desnuda se sentó en una silla y esperó.

Temblaba de frío, pero no se acurraba. En vista de ello resolvió apelar á un medio decisivo.

Salió de su cuarto, bajó la escalera y abrió la puerta del jardín.

Echó á andar descalza y en camisa, sepultando los pies entre la nieve.

Estuvo más de media hora al aire libre y permaneció un buen rato sentada sobre el hielo.

Después regresó á su cuarto y se acostó. A la mañana siguiente empezó á toser y no pudo levantarse.

Tuvo una pulmonía, deliró, y en su delirio pedía un calorífero. El médico exigió que se pudiese uno en la habitación. Enrique cedió, pero con visible desagrado.

Un día dijo el médico al marido:

— Los pulmones han quedado en muy mala situación, y si permanece aquí esta señora corre grave peligro su vida.

Enrique la envió á Cannes á respirar el aire puro de los naranjos en flor.

Y allí vivía, temiendo curarse y dominada por el miedo de tener que sufrir otra vez los terribles inviernos de Normandía.

Sabe que va á morir, y sin embargo, se considera dichosa.

Al regresar á su quinta, encuentra una carta de su marido. La abre sonriendo, y lee:

«Mi querida Julia: Supongo que seguirás bien y que no echarás de menos nuestro hermoso país. Empieza á hacer frío y todo anuncia una próxima nevada. A mí me gusta mucho ese tiempo, y, como es natural, no pienso encender tu invidio calorífero...»

La enferma deja de leer, y su mano derecha, en la que tiene la carta, cae lentamente sobre sus rodillas, mientras se lleva la izquierda á la boca como para calmar la repentina tos que le desgarrá el pecho.

GUY DE MAUPASSANT.

La guerra civil en Marruecos

Situación de Muley Mohamed

Si importancia tuvo en su día la noticia de haber sido puesto en libertad el Príncipe Muley-Mohamed, porque parecía revelar cuanta gravedad concedían los consejeros del Sultán á la insurrección y cuán poco fiaban en las fuerzas leales, mayor importancia había que conceder, de ser cierto el rumor relativo á haber sido nuevamente reducido á prisión el Príncipe Tuerto. O esto quería decir que la popularidad creciente del hermano del Sultán constituía un peligro para éste, ó, yendo más lejos,

habría que sospechar que se han confirmado los rumores referentes á la complicidad de Muley-Mohamed en el movimiento insurreccional de Bu-Hamara.

Por esto, las primeras impresiones comunicadas ultimamente por los correspondientes acerca de la supuesta ó efectiva prisión del Príncipe, despertaron vivo interés. Los telegramas primeros lo desmentían; pero á última hora vuelve á insistirse en la primera versión.

A *El Imparcial* le dicen que las relaciones entre el Sultán y su hermano Muley-Mohamed no son cordiales del todo, y que si bien el Príncipe Tuerto no ha sido preso, está muy vigilado por los servidores de Abd-el-Azis; pero á *El Liberal* le telegrafía, con referencia á informes oficiales, que aquél ha sido preso por orden del Sultán y que la noticia ha producido sensación en Tánger.

Hay que añadir á esto que el correspondiente de *El Globo*, refiriendo su entrevista con Mohamed-Torres, dice que éste supone que Muley-Mohamed no pensó en destronar á Abd-el-Azis sino en reducirle á prisión á aquél, suponiendo que, á lo sumo, el Sultán habrá mandado vigilar al Príncipe, ante el temor de que, por su exceso de popularidad, llegase á promover un golpe de Estado.

Si esto es exacto, hay que reconocer que algún fundamento deben tener los rumores que circulan. Es muy hábil y muy inteligente Mohamed-Torres para decir una palabra más de lo que le convenga ó le sea indispensable consignar.

Noticias de Filipinas

Esciben de Manila que el bandolerismo armado toma tal incremento en el archipiélago, que la seguridad personal es un mito, encontrándose las provincias mucho peor que en la época de guerra activa.

Hay quien asegura que pasan de tres mil los hombres que hay en armas dedicados al bandillaje, creyéndose que muchas partidas obtienen la protección de los pueblos, pues se presentan en ellos con el pretexto de que persiguen la idea de la independencia.

— Se han descubierto dos *Capitana*, uno en la provincia de Bulacán y otro en la de Negros. Como consecuencia de esto se verificaron muchas detenciones, y por la documentación cogida se conocen los fines de los organizadores, que no eran otros sino el exterminio de los americanos.